

Loco Bran,

por LunnVic

[Obra ganadora del concurso literario “Alas negras”,
organizado por la web LauraGallego.com en 2009]

Desperté llorando, como siempre. Me quedé un momento quieto, con los tablones roídos de madera protegiéndome de la sucia y viscosa lluvia de Gorlian. Una ráfaga de angustia me oprimió el pecho, y ya no fue capaz de desprenderse de mi caja torácica.

Me dí cuenta de que, durante la pesadilla, había alzado mi brazo al cielo, intentando alcanzar algo allí, a lo lejos. Lo bajé lentamente, con un suspiro de cansancio.

Entonces, pestañee un par de veces y pensé que, pasado el momento de añoranza y libertad negada, podía ya ponerme las pilas. Me levanté de un salto, optimista, y me eché una fina capa por encima, para no mojarme ahí fuera. Tenía negocios, muy buenos negocios que hacer aquel día.

Fui directo al escondrijo de Redon, donde me esperaba un hombre con aspecto de mula cansada de un duro día de trabajo. Me recibió con su característico fruncir de ceño, y yo le sonreí.

-¿Qué quieres ahora, sabandija? –me espetó, y me llegaron salpicaduras de su maloliente saliva. Aún así, no me arredré, y me acerqué a él como si nada.

-Yo no quiero nada, pero seguro que tú quieres algo que yo tengo.

Gruñó, sabiendo que yo tenía una buena información que podría serle útil. No en vano era el tipo más rápido y silencioso por allí. Si algo se avecinaba, yo lo sabía. Y los otros también sabían que yo lo sabía, y que podía hacer que otros lo supieran. Todo se relegaba a la información y al arte de tratarla. Se hacían tratos realmente útiles que, al final, acababan siendo simples seguros de vida. Si no te mataba un engendro, claro.

-¿Y qué quieres a cambio?

Reí secamente:

-Oh, sólo quiero que me guardes el favor. Por si pasa algo alguna vez, ya sabes.

Redon entrecerró los ojos, no muy convencido.

-Oh, venga, se trata del trío neanderthalensis de Yuba, Rando y Tora. Y es algo realmente grande, Redon.

El hombre se sentó pesadamente sobre una de las ariscas rocas del suelo de su choza, y me miró inquisitivamente. Me removí, inquieto, sabiendo que había hecho un buen trato aquel día.

-A ver, ilumíname.

Asentí enérgicamente, y me senté en el suelo frente a él.

-Bien. No tienes porqué protegerte más, al menos por una temporada. Esos tres y el nuevo cabeza hueca que va con ellos han encontrado un nuevo objetivo. Puedes regresar a tu cabaña durante este tiempo, y a bañarte –añadí, con retintín. Redon me miró, con amenaza-. Al parecer ayer vino alguien nuevo a Gorlian que les plantó cara, y han ido corriendo a postrarse a los pies de su queridísimo Señor de la Ciénaga para que persiga a quien les ha hecho pupita.

Redon soltó una carcajada. Y me tendió la mano extendida. Las chocamos, en una breve explosión de alegría. Entonces, él se levantó y comenzó a recoger sus cosas.

-Lo siento por el nuevo –dijo entonces la apastosa mole que era el hombre-. No durará ni dos días con esos persiguiéndole.

Asentí, y me levanté rápidamente, antes de que su enorme trasero pasase peligrosamente por delante de mi cara. Retrocedí ágilmente hacia la puerta, sin perder de vista a Redon:

-Bueno, bueno, amigo mío. Tómame por el Salvador que ha venido a comunicarte tu libertad.

-Piérdete, Bran –me soltó, con un bufido.

Reí, pero luego insistí:

-En serio, Redon, me debes una muy grande. Muy, muy grande.

Él hizo un gesto grosero con la mano.

-Que sí, que sí. Vete ya.

Obedecí y salí a la continua intemperie. La lluvia verde se me pegaba a las manos y se resbalaba como mucosidad por encima de la capa. Mis pies se hundían en el fango, acostumbrados ya a su textura blanda y desagradable. En fin, podría ser peor. Me quedé parado un momento, pensando. Hubiese sido peor que la Reina Marla hubiese ideado mucosidad real para la lluvia. O que el fango fueran desechos humanos. O que los engendros fueran tan inteligentes como yo mismo. Eso hubiera sido peor, notablemente.

Eché a andar de vuelta a mi podrido pero seguro hogar, todavía dándome a mí mismo pretextos de que Gorlian podría ser mucho peor, y de que teníamos suerte en muchos aspectos.

En ese momento, me topé con el Loco Mac. Me lo quedé mirando algo alejado, intentando descifrar en su expresión de ojos vacuos si estaba de buen o mal humor. Sin embargo, su rostro estaba extrañamente... ¿triste?

Me acerqué a él con cautela, hasta quedar a unos pasos de él. Descubrí lo que estaba mirando, confuso.

En el suelo, medio cubierto por la lluvia y el barro de hallaba un engendro muerto y casi descompuesto. Había sido molido a golpes, y me pregunté si él le había hecho eso.

Generalmente, al Loco Mac solíamos cuidarlo los criminales más “nobles” de Gorlian, cazando o pescando para él. Quizá el Loco Mac era el único reducto de inocencia en aquella prisión pringosa.

Tampoco el engendro era usual. La mayoría de ellos eran gusanos o serpientes ciegos y malolientes, o caninos enormes, como el Carnicero. Pero de aquella especie de engendro sólo existían unos cuantos. Entre ellos, el que el Loco Mac había utilizado para volar hacia los límites del lejano cielo de Gorlian, muy por encima de los nubarrones eternos que se extendían hasta el propio horizonte.

Era una especie de ave, pero su piel era escamosa y extrañamente redonda e inflada.

Dos pares de alas, las superiores el doble de grande que las traseras, estaban cubiertas de plumas finas y sucias, que parecían incapaces de levantarlo dos metros del suelo. Estas plumas sobresalían de la piel de escamas violáceas, y eran más bien escasas. El engendro contaba también con un par de patas fuertes parecidas a las de una gallina deforme, con grandes garras. Sin embargo, no tenía rostro, ni cabeza, por ningún lado. Yo sólo veía una especie de apéndice anillado en el extremo principal del bicho, y comprendí que lo que había considerado el cuello de una cabeza perdida era la propia cabeza. Un gusano de cuerpo hinchado y escamoso, con cuatro alas y dos garras. El monstruo más aberrante que podría haber tocado Gorlian.

Me estremecí, y toqueté con la punta de la bota a la alimaña, que se balanceó de un lado a otro quedamente.

El Loco Mac alzó la vista hacia mí, con los ojos muy abiertos. Volví a tener esa sensación de que aquel hombre sentía una desazón enorme, y parecía ser por aquel engendro alado.

-¿Qué es esto, Mac? ¿Un amigo? –le pregunté, sabiendo que no hallaría respuesta.

-Tiene alas –respondió.

-Sí, eso ya lo veo. ¿De dónde lo has sacado?

-Yuba me dio ayer dos trozos de pan.

Torcí el gesto:

-¿Pan? Seguro que te dio arcilla, y te la comiste, Mac. Eres un desastre.

-Era mi bicho.

Asentí.

-Así que con esto subiste allá arriba, ¿eh? –intenté guiarlo, señalando con el dedo índice hacia el cielo. Miré hacia arriba yo también, y sin darme apenas cuenta había alzado el brazo hacia las nubes, con la mano extendida y dispuesta a alcanzar algo. La lluvia me azotaba en la cara y me hacía entrecerrar los ojos, mientras oía las gotas de agua sucia. “Chop”, “chop”, hacían contra mi rostro. Había algo me atraía hacia el cielo desde hacía poco, como si supiese que mi esperanza se encontraba allá arriba, surcando los cielos negros de la prisión.

Volví la vista hacia el engendro, y sus alas me llamaron la atención.

-Ojalá tuviese alas –dije, sin saber porqué- Podría salir de la prisión.

-Serías de cristal –contestó el Loco Mac.

-La prisión es de cristal. Yo no –me encogí de hombros-. Los ángeles no son de cristal, creo yo. ¿Tú que crees?

-Trozos de pan.

Reí estrepitosamente, y el Loco Mac me miró, alarmado.

-Sí, seguro que los ángeles están hechos de pan. Podríamos comérmolos a todos si nos trajesen unos cuantos, ¿eh, amigo?

No contestó. El hombre se levantó tambaleándose, pero no necesitó de mi ayuda.

Siguió contemplando al engendro un rato más.

-Alitas –dijo finalmente.

-¿Al...?

Pero parecía ser que él no quería seguir conversando. Lentamente, el Loco Mac me dio la espalda y se fue por allí por donde hubiese venido, seguro que ideando algún otro plan absurdo para alcanzar la libertad.

Bufé, algo confuso, y proseguí mi camino. Quizá el Loco Mac siempre hubiese tenido razón. Que tampoco hubiese escapatoria más allá de las nubes. Sin embargo...

Sacudí la cabeza, sintiendo otra vez esa sensación que tiraba de mí hacia arriba.

-Alitas –espeté, recordando la última palabra del loco y negando con la cabeza. Ni siquiera un ángel podría sobrevivir en Gorlian. No sobrevivían los humanos. No sobrevivían los engendros alados. Los ángeles no iban a ser una excepción.

Me miré las manos sucias y descuidadas, y cerré los ojos con cansancio. Seguí mi camino, como cada día, como cada semana. Como cada año, de vuelta a lo que yo llamaba hogar.

Sin embargo, una nueva interrupción en mi camino me hizo pararme en seco. Una interrupción que iba a cambiar mi vida totalmente, para siempre. Para lo que me quedaba de vida.

Me acerqué, sabiendo de antemano que no reconocía el perfil de aquel preso. A cada paso que me acercaba, podía sentir en corazón latiendo a la misma velocidad a la que caían las gotas de lluvia.

Los mismos latidos que se pararon de golpe en cuanto comprendí que aquella mujer envuelta en barro era la nueva presa de Gorlian. En cuanto comprendí cómo había sido capaz de plantar cara a esos brutos. Cómo había sido capaz de extenderse la noticia de su llegada por todo Gorlian en solo un día.

En cuanto vi sus alas manchadas rodeando su ligero cuerpo, protegiéndose aún inconscientemente de la lluvia que caía sobre ella.

-Oh –dije simplemente, mientras la observaba.

No supe cuanto tiempo me quedé allí, mirando sus alas y su cuerpo, su rostro. Un rostro que no reflejaba ni dolor ni angustia, sino una paz inmensurable, que contrastaba vivamente contra todo lo que yo había visto en los últimos tiempos.

-Oh –repetí, comenzando a sonreír-. Vaya.

Me acuclillé junto a ella, y aparté el cabello húmedo de su bello rostro. Algo me martilleó en el pecho, como un grito de esperanza y libertad. Lentamente, con cuidado, me arrodillé en el suelo y pasé los brazos tras su espalda y piernas, alzándola. Sentí el tacto suave y húmedo de la pluma en mis antebrazos.

Alcé de nuevo la vista un momento, y luego la bajé hasta la delgada e inconsciente ángel que se hallaba entre mis brazos.

No, definitivamente, no estaban hechos de pan. Sonreí. Quizá todo cambiaría aquel día. Quizá todo iría a mejor. Quizá mis alas ya habían llegado. Quizá ella era mis alas.

-Alitas –suspiré, con una risita, mientras reanudaba el camino.